

LA PEDAGOGÍA DE LA DIFERENCIA SEXUAL

ANA MAÑERU MÉNDEZ*

La filósofa Simone Weil dice: “No hay que creer que el futuro está hecho de una sustancia capaz de colmarnos. El porvenir está hecho de la misma sustancia que el presente”.¹

Cuando recibí el programa de este Proyecto me conmovió esa foto bellísima en la que una joven, con un gesto delicado y lleno de atención, se encuentra detenida delante de una puerta. Si la abre o la cierra no lo sé, pero algo de ella me ha llevado a las palabras de Simone Weil. Para mí, su gesto detenido, al lado del título “La educación de las mujeres: nuevas perspectivas” y del contenido del mismo, simboliza un deseo de situarse en el presente, en lo que ya hay, en lo que tenemos entre manos, en lo que está delante de nuestros ojos y es preciso nombrar, sin repetir lo que ya ha sido y sin anticipar lo que no sabemos cómo será.

Mi trabajo, como docente primero y después en el programa de educación del Instituto de la Mujer, me hace entrar en sintonía con ese gesto de escucha, de detenerse y escuchar, que es imprescindible en la enseñanza y en el aprendizaje, dos cosas que no se pueden separar, porque quizás sean una misma cosa: una relación de intercambio, como ha titulado Concepción Jaramillo Guijarro su participación aquí, una relación que está viva.

Para comenzar y para fundamentar mis palabras hoy aquí leeré un pequeño gran poema de Emily Dickinson, un poema que me acompaña y me empuja a hablar en distintos lugares, y lo hace siempre dulcemente, pero con firmeza. Ella escribe:

Una palabra muere
cuando se dice,
dicen algunos.
Yo digo
que justamente
empieza a vivir
en ese día.²

Agradezco al Departamento de Teoría e Historia de la Educación y Pedagogía Social de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Sevilla su invitación a participar en este Proyecto y especialmente a Consuelo Flecha García; con ella mantengo

* Instituto de la Mujer. MTAS. Directora de Programas de Educación y Cultura del Instituto de la Mujer de Madrid.

1. WEIL, Simone: *Pensamientos desordenados*, trad. María Tabuyo y A. López, Madrid, Trotta, 1995

2. DICKINSON, Emily (1995): *Poemas*, trad. Margarita Ardanaz, Madrid, Cátedra

una relación profesional y de amistad desde hace más de diez años. Una relación que es política, porque ambas mostramos públicamente la autoridad que cada una reconoce a la otra en distintos campos del saber y el hacer en educación, y que es científica, porque produce intercambios de experiencia y de conocimientos que son una ganancia nueva cada vez para las dos en un interés que compartimos: la búsqueda de sentido y significado que tiene lo femenino en la educación. Una relación que me vincula desde hace tiempo con otras mujeres de Andalucía, como también me ocurre con Begoña González y con Anna Freixas.

De mujeres como ellas, que iré nombrando en mi reflexión y de otras que me han precedido o que son mis contemporáneas, he heredado y aprendido el amor por las palabras. Un amor que lleva consigo cuidar la correspondencia entre lo que es, o mejor, lo que va siendo, y el nombre que le damos a la realidad que cambia: por eso hoy quiero hablar de la correspondencia entre algo que está siendo en la educación y el nombre que le han dado ya algunas profesoras italianas y que a muchas nos ha parecido acertado: me refiero a la pedagogía de la diferencia sexual.

Para mí, esta expresión, "Pedagogía de la diferencia sexual", tiene que ver con algo que Luisa Muraro señala al comienzo de su obra *El Orden Simbólico de la Madre*. Tiene que ver con "La dificultad de poner en marcha y llevar a término una empresa hecha de palabras"³

Llevar a término una empresa así requiere nombrar la realidad que cambia con precisión, apostar por el mundo abriéndole las puertas de su más, como han dicho las autoras de *El final del patriarcado*⁴. Yo quiero hablar aquí de la pedagogía de la diferencia sexual no como quien se refiere a una teoría abstracta, o a una corriente de pensamiento que se enfrenta a otras en el campo de la argumentación. Quiero referirme a una forma abierta y cambiante de entender y poner en práctica la educación en la que me reconozco y en la que se reconocen otras mujeres con las que estoy en relación. Y señalo que es abierta y cambiante porque no es independiente de quienes participan en ella, sino que precisamente depende de cómo se van mostrando mujeres y hombres quienes enseñan y cómo se van diciendo niñas y niños quienes aprenden, y de cómo lo hacen a partir de quienes son, a partir de la diferencia primaria que viene inscrita en el ser humano que es la diferencia sexual, la diferencia femenina y la diferencia masculina.

Se trata de una forma de la educación en la que están unidas el pensamiento y la práctica docente, de modo que al narrar la práctica se va haciendo la teoría que vale para la vida como he aprendido de Anna María Piussi.⁵

3. MURARO, Luisa (1994): *El orden simbólico de la madre*, trad. Beatriz ALBERTINI, Madrid, Horas y horas, p. 3.

4. Cfr. LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN: *El final del patriarcado*, Trad. María-Milagros RIVERA GARRETAS, Barcelona, Llibreria Pròleg, 1996, p. 13.

5. Cfr. PIUSSI, Anna María, (1997): *Partir de sí, necesidad y deseo*, Baeza, Instituto Andaluz de la Mujer, (Soporte CD.)

Y como no responde a moldes predeterminados, se trata de una forma de la educación en la que, tomando palabras de María-Milagros Rivera Garretas, “hay que ponerse en juego en primera persona”⁶, arriesgándose a juntar la razón y la vida. Es también una forma de la educación en la que cada clase puede ser una oportunidad para la relación, como ha señalado Milagros Montoya⁷ y en la que, como hago yo ahora tomando palabras de mis maestras y de mis alumnas, son posibles los gestos políticos de reconocimiento de autoridad femenina en la educación, de búsqueda de medida femenina en las aulas; autoridad educativa, autoridad femenina, como señala también aquí Clara Jourdan.

La pedagogía de la diferencia sexual no espera a ver qué dicen las instituciones o las leyes educativas, pone las relaciones en el centro de la escuela y esto tiene que ver con la diferencia femenina, con la libertad femenina que, históricamente y en el presente, desea la relación y la busca. Porque está a la vista de todo el mundo que más mujeres que hombres han cultivado y cultivan la relación sin más, por el gusto de la relación.

Pero, sobre todo, la pedagogía de la diferencia sexual tiene que ver con la educación de la madre, de la que se han querido separar las teorías pedagógicas que circulaban en el pasado y que circulan hoy, estableciendo una barrera rígida entre lo que ocurre en la casa y lo que ocurre en las aulas para no reconocer la autoridad de cada madre que es, en definitiva, autoridad femenina.

Por tanto, esta manera de hacer en las aulas tiene que ver con dar sentido y significar la presencia femenina en la educación de modo que ésta quiera decir algo y no resulte insignificante. Hace poco, Milagros Montoya, actualmente Directora de un Instituto de Secundaria en Torrejón de Ardoz, me contaba que después de un claustro conflictivo, un compañero suyo, cuando estaban tratando de resolver determinados problemas de disciplina y de violencia en el centro, le dijo: “Es que tú pareces una madre”, y se lo dijo como rebajando su hacer; ella se quedó pensando y al final concluyó que lo que le planteaba casi como un reproche, como un hacer de menos, en verdad era un piropo, porque era reconocer su más. Parece que quería decirle su compañero que con la educación materna no se llegaba a ninguna parte ¿A dónde hay que llegar? Si lo que quiero, si lo que queremos muchas y alguno, es que las criaturas crezcan y se hagan viables en el mundo tendremos que aprender de las madres que son las que lo saben hacer y las que de hecho lo consiguen cada día.

En las descripciones catastrofistas que circulan a menudo sobre la educación, resulta que hoy las chicas tienen menos problemas que los chicos. Hay quienes interpretan esto como mayor capacidad de adaptación a lo que viene dado o como una muestra de espíritu de sumisión a las reglas. Sin embargo otras interpretaciones, más atentas a la libertad femenina, sugieren que las madres son una referencia positiva para la educación y también

6. RIVERA GARRETAS, María-Milagros (1994): *Nombrar el mundo en femenino*, Barcelona, Icaria.

7. Cfr. MONTOYA RAMOS, Milagros: “La tutoría ¿Un espacio privilegiado para las relaciones?”, en *Educación en relación*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1998.

para las chicas, cuando este vínculo se mantiene vivo y el propio sistema educativo no se encarga de aplastarlo. Porque una manifestación de la diferencia femenina es su capacidad de mantener ligaduras, relaciones. Mientras tanto, los chicos hoy se sienten perdidos y se mueven entre una pretensión de autonomía y de omnipotencia, la que les propone el modelo viril del hombre siempre armado que empuja a la violencia de la no relación, o la depresión que les paraliza. Se resienten porque se ha movido el referente que tenían: lo masculino ha querido ocuparlo todo, y ahora que se ve que no puede ser, al caer esa ficción no encuentran donde colocarse.

Todo esto que hoy puedo resumir en pocas palabras, lo he aprendido a partir de la experiencia, no solo mía sino también de otras mujeres y de algunos hombres con quienes he compartido el deseo y la voluntad de cambiar la educación para que lo femenino esté presente en ella y diga. Hace tan solo 20 años, prestar atención a las niñas, escuchar lo que decían y lo que querían sin tratar de homologarlas con sus compañeros de clase, resultaba chocante, excéntrico, en el sentido de ser considerado ajeno a lo principal, algo propio de feministas radicales que nunca estaban satisfechas con las ventajas sociales que poco a poco la propia sociedad les iba concediendo.

¿Qué hemos sabido hacer en estos pocos años para que hoy resulte impensable hablar de la educación sin prestar atención a lo que hacen y dicen las profesoras, las alumnas, las madres, las investigadoras? ¿Qué ha ocurrido para que pudiéramos abandonar el horizonte de la queja, de la lamentación de la carencia y pudiéramos ver grandeza femenina en la educación y en el mundo?

Simplemente que algunas han ido mostrando con su práctica lo que ya se sabía pero no estaba dicho: que la educación de la madre, su forma de hacer, es origen de la educación; que la educación de cada madre es el modelo del que se nutre sin decirlo lo que se llama la educación reglada, aunque enseguida se aparte de él y lo abandone separándose, negando su eficacia civilizadora en el enseñar a hablar y, por tanto, en el enseñar la relación que nos caracteriza como humanas y humanos y que nos permite después seguir aprendiendo.

Al decir “pedagogía de la diferencia sexual” hace ya algunos años, Anna María Piussi y otras profesoras italianas estaban trayendo al mundo de la educación una epifanía de realidad, estaban revelando con sus palabras algo que estaba siendo no solo a su alrededor sino también en otros lugares, como aquí en Andalucía o en Madrid, donde yo vivo, pero también en México, en Argentina o en Colombia, por nombrar lugares en los que se habla la misma lengua que aquí hablamos y donde he tenido la oportunidad de entrar en relación con mujeres que también daban cuenta de que para ellas estaba ocurriendo algo semejante. Aunque también en estos lugares se siguieran y se sigan repitiendo descripciones de la realidad que vuelven a decir lo que ya se vio hace veinte años y que ahora no se corresponde con la realidad.

Como ha señalado en otro contexto la filósofa malagueña María Zambrano “Se trata de decir lo que tanto se sabía y nunca se dijo, de formular lo que solo se presintió, de pensar lo que se había entrevisto, de dar vida y luz a todo lo que necesita ser pensado,”⁸

¿Qué era eso que tanto se sabía y nunca se dijo? Algo que no tuvo nombre aquí hasta que la profesora Carmen Pino Villalba, que actualmente trabaja en una escuela de Primaria en Carboneras, en Almería, diera cuenta de ello en 1990, cuando llevó a Madrid y puso a disposición de otras, yo entre ellas, un documento que contenía palabras nuevas para la educación y que se titulaba precisamente “La pedagogía de la diferencia sexual”.⁹

Porque aquí, ya en los años 80, las profesoras feministas y algunos profesores tratábamos de traducir en el aula ese algo que todavía no tenía nombre: la necesidad de dar sentido significar la presencia de las mujeres y las niñas en la educación, de forma que esta se tradujera en cambios que fueran visibles y favorables a la libertad femenina.

Hasta entonces, sin nombre todavía, los movimientos, los gestos de cada maestra, de cada maestro, que se orientaban en esta dirección enseguida quedaban inscritos en el orden dado, un orden en el que el horizonte era igualar a las mujeres con los hombres. Se inscribían en las teorías que en ese momento cobraban legitimación en nuestro país, porque estaban asociadas a un sentido del avance y el progreso que tenía que ver con los proyectos institucionales de igualdad de la Unión Europea, a la que España se acababa de incorporar, que parecían llenarlo todo.

La traducción pedagógica y social de lo nuevo que se estaba haciendo en distintas aulas, es decir prestar atención a lo femenino dándole valor y reconociendo su capacidad transformadora, ha tendido a convertir lo nuevo en algo que pudiera asimilarse a lo ya conocido o ya aceptado y asimilado por el sistema educativo, que entonces solía nombrarse como coeducación. Esta conversión resultaba menos inquietante porque limaba la enorme capacidad de cambio de un hacer todavía sin nombre y sin inscripción en ninguna de las teorías pedagógicas conocidas. Por eso, en estos años han ido surgiendo distintos nombres para denominar los desplazamientos que se estaban produciendo; coeducación, educación no discriminatoria, educación no sexista, educación desde una perspectiva de género. En mi opinión cada uno de estos nombres han tratado de ir señalando algunas aspectos de lo que iba sucediendo, pero sin alcanzar a decir lo que querían significar algunas profesoras y profesores en ese momento y también ahora mismo, sobre todo porque en este tiempo muchas cosas han cambiado.

De pronto, el referente masculino, que había servido para señalar lo que no se quería hacer, o lo que se debía hacer para igualar las mujeres a los hombres, había perdido su capacidad de significar algo que tuviera que ver con el deseo de libertad femenina, con el amor al conocimiento que las niñas estaban demostrando, con la necesidad de decirse y decir el mundo en femenino por parte de muchas mujeres, profesoras, alumnas madres.

8. ZAMBRANO, María (1986): *Senderos*, Barcelona, Anthropos.

9. PIUSSI, Anna María, *La pedagogía de la diferencia sexual*, trad. Ana MAÑERU MÉNDEZ, en *Géneros Prófugos*, México, DF., Paidós - UNAM, 1999.

Por eso pienso que la expresión pedagogía de la diferencia sexual vino a iluminar esa sombra de malestar que muchas sentíamos, también yo, cuando sabes que estás en algo pero todavía no sabes ponerlo en palabras o, simplemente, no te atreves a apostar por la palabra nueva que ya está circulando a tu lado. Ocurre, como dicen las autoras de *El final del patriarcado*, que una palabra nueva puede cambiar el sentido de todo el decir (y vivir) pasado, y acogerla significa un compromiso.

Nombrar con palabras nuevas es hacer un corte en la realidad para decir lo que es y no se ve todavía lo suficiente para que ser entendido, ya que las palabras viejas tienden a seguir ocupando todo el lugar disponible sin dejar entrar a las que llegan. A veces parece que esta operación de decir palabras nuevas consiste en contraponer algo a lo que ya hay, en este caso, podría pensarse que pedagogía de la diferencia sexual se opone a pedagogía de la igualdad, pero no es así, porque ni son lo contrario ni de esa operación nace nada nuevo, que es lo que de hecho ha ocurrido. Ha sido nombrando lo que hacíamos como enseguida hemos podido discernir que una cosa es la igualdad de oportunidades para mujeres y hombres, un bien deseable que tiene que ver con la justicia social y otra cosa es mantener abierta, significativa y productiva la diferencia de ser mujer y también la de ser hombre. Al mantener abierta esta diferencia el horizonte de lo femenino se alarga, más allá de los límites del referente masculino por los cuales una mujer solo puede ser menos, igual o más que un hombre. Tomando una idea de María-Milagros Rivera, delante de cada hombre y de cada mujer se abre su infinito propio.

Ahora bien, en ese prestar atención a lo singular que la educación materna nos ha enseñado, y lo singular tiene que ver con las criaturas vivas y por tanto siempre cambiantes, también la expresión pedagogía de la diferencia sexual debe ser hoy reabierta en cada contexto en el que signifique algo, por ejemplo aquí mismo, si no queremos que se convierta en una teoría más. Una teoría que se queda acabada y congelada, para atender a lógicas internas de muchas ciencias que solo se sostienen mientras la teoría se mantiene separada de los avatares de la vida.

Después de la iluminación del presente que se produce al encontrar las palabras para algo que ya es, no debemos olvidar que ser es ir siendo y que para ese ir siendo, que también alcanza a la educación, le toca a cada una, a cada uno dar hoy y en cada momento un sentido libre a la diferencia sexual.

Las palabras nuevas que abren realidad tienen que estar muy apegadas a ella para no convertirse en clichés que oscurecen el sentido de lo que es, de lo que tenemos delante. Por tanto, la apuesta ahora es seguir nombrando lo que hay una vez que se han dicho palabras tan importantes en educación como genealogía, autoridad y libertad femenina. Palabras como partir de sí, práctica política de la relación entre mujeres, *affidamento*, final del patriarcado.

Preparando este texto, una mujer muy joven que trabaja conmigo me hizo notar que entre las bibliografías que preparamos y actualizamos continuamente, desde hace años,

ninguna de ellas lleva como epígrafe Pedagogía de la diferencia sexual, sin embargo, mantenemos abiertos los epígrafes tradicionales de coeducación, o de educación no sexista. Esto me ha hecho pensar en la separación que todavía persiste en mí entre teoría y práctica. Enseguida hemos abierto ese lugar de saber femenino con el nombre que ya conocemos, pero, también enseguida me he dado cuenta de que debemos dejar epígrafes en blanco, epígrafes vacíos que dejen lugar a las nuevas palabras que puedan venir si continuamos en la búsqueda del hacer corresponder las palabras y las cosas. Me he acordado de cómo nos enseñaron nuestras madres a decir lo que es y lo que queremos y no otra cosa: Pídelo bien, nos decían, para que buscáramos las palabras justas que convenían en aquel momento, para que aprendiéramos a hablar, porque allí se jugaba nuestra independencia simbólica, la posibilidad de que nombráramos el mundo. Por eso sé ahora que es importante señalar, pero no basta. Hay que buscar las palabras que nos comprometen con lo que es. Esas palabras, como ha dicho aquí Clara Jourdan de su experiencia cuando leyó el libro *No creas tener derechos*¹⁰, en 1987, en las que una se reconoce y por las que está dispuesta a transformar su práctica política.

10. LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN, *No creas tener derechos*, trad. M. Cinta MONTAGUT, Madrid, Horas y horas, 1991.